

creados por la guerra separatista han hasta aqui impedido que el coloso siga extendiéndose hacia el Sur á costa nuestra, ¿quién —á no contar con la intervencion favorable de la Providencia— podrá pensar con ánimo sereno en el porvenir de México?

jos y los productos de todo el Nuevo Continente, no se designa ya por *americano* sino lo que pertenece á los Estados-Únidos. Antes se decia ciudadano *norte-americano*, algodón *norte-americano*, etc.; hoy se dice ciudadano *americano*, algodón *americano*, sin que esto produzca error ó simple duda.

Generalmente se ha dicho y creído que el manifiesto de Scott fué escrito por alguno de los mexicanos más opuestos á la administracion de Santa-Anna ó pertenecientes al partido anexionista que empezaba á formarse aquí. Lo cierto es que, habiendo aparecido bajo la firma del jefe del ejército invasor las alusiones é indicaciones aquí citadas en aplicacion de la Doctrina de Monroe, su responsabilidad pesa directa é indudablemente sobre el gobierno á quien Scott representaba en México; y el cual, en lo privado, no llevó á bien que el expresado comandante en jefe se hubiera engolfado en tales honduras, como lo manifestó el secretario de la Guerra Mr. Marcy al mismo Scott en alguno de sus despachos ó cartas particulares. De luego á luego resultaba que mientras el ejecutivo de los Estados-Únidos siempre alegó por causa única de la guerra la resistencia de México á satisfacer sus reclamaciones y á arreglar la cuestion de límites en los términos que pretendian nuestros vecinos, Scott dejó entender en su manifiesto que el principal fin de las hostilidades fué acabar con la preponderancia del partido monárquico que, erigido en gobierno, trataba de destruir la forma republicana en nuestro país.

XX

JALAPA.

*Usos y costumbres del invasor.—Las guerrillas en el Estado de Veracruz.—Convoyes del general Cadwalader y del mayor Lally.—Fusilamiento de Alcalde y Garcia.*

HEMOS dejado en Perote y Tepeyahualco la vanguardia del invasor, cuyo cuartel general, ántes de terminar el mes de Mayo de 1847, quedó en Puebla, sirviéndole esta ciudad de base y punto de partida para la invasion del Valle de México.

Préviamente al exámen de esta última faz de la guerra, y á fin de expeditar el camino que nos falta que recorrer, me propongo en el presente capítulo dar un vistazo al porte de los norte-americanos en Jalapa y á los principales hechos de las guerrillas en el Estado de Veracruz; y en el capítulo siguiente hablar de la entrada y permanencia del enemigo en la ciudad de Puebla, y de algunas de sus correrías en el Estado del mismo nombre. De este modo podremos más desembarazadamente llegar á sus últimas operaciones militares en el corazon del país, y seguir las sin interrumpir su narracion ni estar saltando de un punto á otro, lo cual causa fatiga y confusion al narrador y á sus lectores.

Queda asentado que el aspecto de Jalapa en los primeros dias de la invasion, distaba mucho de ser el de una ciudad conquistada. Los dispersos de nuestro ejército se habian internado sin dar allí el espectáculo de su vagancia y miseria: algunos de los capitulados de Veracruz y Cerro-Gordo que residian en la ciudad, eran considerados y respetados: las autoridades municipales funcionaban libremente con el apoyo de la militar: el nuevo Pactolo nacido del erario de los Estados-Únidos, corría con sonoro estrépito dando animacion al comercio, facilitando todo género de negocios y llevando cierto desahogo hasta á los hogares más pobres, sin que se experimentaran otras dificultades que la escasez de plata para los cambios, y de efectos como harina, azúcar, sal y cereales para llenar prontamente los pedidos. Aquella música del oro, la más agradable á los oídos modernos, y acaso tambien á los antiguos, no bas-

taba, sin embargo, á ahogar algunas notas disonantes cuyo recuerdo nos altera los nervios despues de más de treinta años. Había allí viudas y huérfanos que lloraban: la lengua de Prescott, de Daniel Webster y de Washington Irving carecia de elegancia y sonoridad en boca de nuestros amos: las quejas de una patria ensangrentada y amancillada parecían dejarse oír en las brisas de aquellos verjeles: á inmediaciones de los hospitales el ruido estridente y casi continuo de la sierra, los gritos de los amputados, á quienes no se aplicaba todavía el cloroformo, y la vista de los haces de piernas y brazos sacados para su cremación ó enterramiento, aterrorizaban á los vecinos, quienes, para dar variedad á sus emociones, tenían el espectáculo de las comitivas fúnebres en que tras un sencillo ataúd de pino pintado de negro y llevado en hombros, marchaban silenciosos y cabizbajos oficiales ó soldados al compás de una sinfonía de pitos que es lo más triste que he oído. En la noche del primer día de fiesta, como para alegrar nuestros atribulados ánimos, ejecutaron en forma algunas piezas las bandas militares á la puerta de los cuarteles. Solo quien haya oído tal música puede apreciar en su doble sentido el agudísimo epigrama de nuestro Carpio.

Mayor solaz ofrecía, indudablemente, la abigarrada masa de los voluntarios que, con trajes á cual más caprichoso y usando muchos el sombrero de palma del país, en sus múltiples formas, á caballo ó á pié, entraban ó salían de la ciudad, ó recorrían las calles agrupándose y acostándose en las banquetas donde quiera que se sentían cansados; fumando sus pipas ó mascando tabaco de Virginia; comiendo pan con velas de sebo en vez de mantequilla, y saboreando piñas y tunas con todo y corteza. Aficionáronse desde luego á los alimentos y frutas de la tierra, y para comprarlos vendían la harina y el tocino que les repartían los proveedores del ejército; pero á lo que mayor y más decidida afición mostraron, fué al aguardiente de caña, cuyo abuso no podía ser evitado no obstante las cortapisas y fortísimas contribuciones puestas á su expendio: unos cuantos sorbos de este líquido bastaban para trastornarles la razón haciéndolos caer en accesos de furor ó de lacrimoso sentimentalismo, y predisponiéndolos á perder sus armas ó la vida, pues alguna gente del pueblo bajo no tenía escrúpulo en llevarlos de uno en uno á los suburbios ó al campo, y allí matarlos. La afición á la embriaguez no era exclusiva de los voluntarios, sino extensiva á los soldados de línea y á no pocos de sus oficiales. De una comida con que obsequiaron éstos el día de San Juan Bautista á algun jefe, salieron los concurrentes, á caballo, casi sin poder tenerse en la silla, á apostar carreras en el paseo del camino de Coatepec; y, sin embargo, la gente curiosa que los si-

guió con la poca caritativa esperanza de ver á todos en el suelo, no presencié la caída de uno solo.

Aparte de este vicio, en que los hijos del país no habíamos todavía progresado, nada irregular había en la conducta de los invasores. Absteniéndose de molestar á los vecinos, guardaban compostura en los templos,<sup>1</sup> socorrian á los mendigos y simpatizaban con los vendedores de frutas y baratijas; y queriendo éstos darse á entender y pretendiendo aquellos aprender y hablar la lengua de la tierra, se formó un dialecto cuyos vocablos y modismos, si se escribieran y reunieran, constituirían un libro curiosísimo para los filólogos. Lo que más llamaba la atención en tal gente era el respeto á las mujeres, tradicional en los pueblos de su raza: con excepción de algun caso de raptó, inmediata y severamente castigado, casi nada dieron que decir allí en esta línea los invasores, y se puede asentar que la prostitución no estaba en auge entre ellos. Deseosos de sociedad femenil y no pudiendo visitar sino poquísimas casas particulares, improvisaron tertulias á que solamente concurrían hembras de airada vida, tratadas y cortejadas allí, sin embargo, con las fórmulas de la más exquisita cortesanía, lo cual daba que reír grandemente á los mozos de mi tiempo. Algunas de esas sirenas de brocha gorda hicieron presa, y á la retirada del ejército se fueron con él á los Estados-Unidos, casadas más ó ménos civilmente. Por lo demás, si los voluntarios eran, en lo general, gente ordinaria, pocos soldados de la tropa regular no sabían leer y escribir; los oficiales de unos y otra conocían y practicaban sus obligaciones militares, y algunos, principalmente entre los artilleros é ingenieros, eran finos é instruidos y de muy agradable trato.

La organización del ejército, formado de tropas veteranas y de voluntarios enganchados por tiempo fijo; la política y el tacto con que los jefes evitaban todo motivo ú ocasión de pugna ó simple disgusto entre unas y otros; la abundancia y distribución casi siempre acertada de sus recursos; la juventud y el vigor físico de los oficiales inferiores; las canas y la gravedad de los superiores, formados probablemente en los últimos hechos de armas contra los ingleses, en la escuela militar de West-Point y en las campañas contra las tribus indígenas; el lujo de ambulancias y trenes, el tamaño y potencia de sus caballos y la calidad de sus armas y municiones de guerra, nos llamaban continuamente la aten-

<sup>1</sup> En los primeros días algunos voluntarios entraban con las gorras puestas y fumando sus pipas; pero se quejó la autoridad eclesiástica, é inmediatamente cesó este abuso. Aparte de los irlandeses, venían pocos católicos. Muchos soldados protestantes traían consigo la Biblia.

cion, desconsolándonos el contraste que todo ello ofrecía con lo que estábamos acostumbrados á ver en este género. Si sus frisiones carecían de la rapidez y soltura de movimientos de nuestros caballos, su carga, por el simple peso asaltante, debía ser irresistible para la mejor infantería. Si sus carros no tenían la solidez de los nuestros, eran mucho más livianos y recorrían con extraordinaria rapidez largas distancias, facilitando en sumo grado la marcha de tropas y convoyes. La superioridad de su artillería estribaba en el abundante número y en el grueso calibre de las piezas con relacion á su tamaño, en la ligereza del montaje y en la instruccion y copiosa dotacion de sus artilleros. En cuanto á las armas de fuego cortas ó manuales, eran todas de percusion: las yogas que usaba la caballería se cargaban instantáneamente levantando la parte inferior del cañon: los rifles de la infantería, aunque del calibre de catorce adarmes, se cargaban con bala y tres postas y tenían un alcance mucho mayor que el de nuestros fusiles y mira más ajustada y segura: llamaba la atencion por lo grueso el piston de estas armas, y, necesariamente, el casquillo ó cápsula fulminante era grande, y tal su potencia, que por sí solo hacia salir del cañon un taco de los nuestros comunes. La cartuchería estaba cuidadosamente construida con papel fortísimo ó hilos de cáñamo delgado que dividían las balas de la pólvora. Ésta, por último, era de la llamada *cortadilla*, de gran fuerza y poco susceptible de humedecerse. Si las armas de fuego de que hablo han quedado en atraso ante las modernas, representaban entónces un gran adelanto respecto de las nuestras, y entiendo que aún hoy no serian despreciables su seguridad y la sencillez de su manejo, que no exige la instruccion ni el cuidado que los fusiles últimamente inventados.

Al lado de todas estas ventajas, habia defectos y circunstancias desfavorables para el invasor, y que eran notorias. El desaseo de sus cuarteles y aún de las casas ocupadas por oficiales, llamaba la atencion: los pisos de éstas quedaban casi entapizados de camisas y calcetines insertables, y no era raro ver desde las calles en los balcones baterías completas de vasos de barro destinados á los usos más bajos, formando contraste con los tiestos de flores de las jalapeñas. Facilitábase la adquisicion de armas norte-americanas de fuego, como rifles, yogas y pistolas giratorias de cinco tiros, que, los voluntarios principalmente, vendian á precio cómodo. En la adquisicion y el reparto de forrajes y de efectos alimenticios para la tropa solian abundar el desórden y la mala fe: de lo primero suministran gravísimas pruebas, entre otros documentos, los partes oficiales del teniente coronel Mackintosh, jefe de uno de los convoyes salidos de Veracruz para Puebla; y en cuanto á lo segundo, era

muy comun que los compradores de sal, azúcar, harina y otros artículos para el ejército, exigiesen de los vendedores recibo por sumas de dinero mucho mayores que el importe. Se puede asegurar que faltaban frecuentemente la economía y el cuidado en el manejo de fondos, y que á causa de ello la guerra de México costó á los Estados-Unidos el doble de lo debido. Por último, eran tambien patentes la falta de armonía entre los generales y de subordinacion de alguno ó algunos de ellos al comandante en jefe, quien tuvo serias dificultades y disgustos por tal causa.<sup>1</sup>

Unas y otros fueron viniendo á poco para el vecindario de Jalapa y sus autoridades municipales, como consecuencia precisa del estado de guerra, de la pugna latente entre invasores é invadidos, y de la formacion de las guerrillas. Desde los primeros dias Scott habia dicho en alguna de sus proclamas: "... Mis órdenes, sabidas de todos, son terminantes y rigurosas. En virtud de ellas han sido ya castigados algunos americanos con multa impuesta á beneficio de los mexicanos, y con prision: y ha sido ahorcado uno por raptó. ¿No es esto una prueba de buena fe y severa disciplina? Pues se darán otras siempre que se descubra que ha sido perjudicado algun mexicano. Por otra parte, los perjuicios que hicieren los individuos ó partidarios de México que no pertenezcan á las fuerzas públicas, á los individuos, partidas sueltas, trenes de carros, tiros de caballos ó mulas de carga, ó cualquiera persona ó propiedad de este ejército, en contravencion á las leyes de la guerra, serán castigados con rigor, y si los culpables mismos no fueren entregados por las autoridades mexicanas, *recaerá el escarmiento en ciudades, villas y vecindarios enteros.*"<sup>2</sup> Terribles como eran estas prevenciones, comenzaron á ser aplicadas. El importe de algunos equipajes de la oficialidad, robados ó extraviados en caminos inmediatos, fué exigido de los municipales á prorata: el homicidio de algun soldado ó correo causó la detencion ó prision momentánea del alcalde D. José María Ruiz en la casa del comandante militar: de los ranchos cercanos eran traídos por parti-

1 Aun en la tropa, no siempre la subordinacion de los soldados á sus oficiales era completa. En un campamento cerca de Veracruz, el general Patterson se halló en la necesidad de cerrar á golpes con algun voluntario, y hemos visto á los de Walker, en Jalapa, tender sus rifles sobre el mayor Lally en un momento de exaltacion.

2 Del 20 al 29 de Abril habia expedido el cuartel general diversas órdenes, nombrando al general Twiggs gobernador y al coronel Childs comandante militar de Jalapa, de que se formó un departamento con todo el espacio entre Plan del Rio y la Hoya; mandando cerrar las casas de juego; que todos los oficiales mexicanos no juramentados se presentaran á la autoridad militar; que los vecinos entregaran los fusiles pertenecientes al ejército mexicano, y que los alcaldes municipales fueran pecuniariamente responsables de los robos.

das sueltas forrajes, caballos, mulas y hombres: apareciendo en los suburbios de la ciudad el cadáver de un norte-americano asesinado sin que se pudiera descubrir al homicida, la patrulla que le buscaba fusiló á un infeliz zapatero que en alguna accesoria no distante trabajaba en su oficio, rodeado de su mujer y sus hijos: la compañía de voluntarios de caballería del capitán Walker, especie de contraguerrilla dependiente del mando militar de Perote, hacia rápidos descensos y era el azote de todas aquellas regiones: en uno de tales descensos avanzó hasta Coatepec, estuvo á punto de apoderarse del gobernador Soto, y á su regreso á Jalapa, traían sus rifleros los paramentos y vasos sagrados de la iglesia del Corazon de Jesus que saquearon en la expresada villa. <sup>1</sup> En esto habian venido á parar las promesas solemnes del manifiesto de Scott! La existencia de autoridades mexicanas llegó á ser casi imposible, y en algunos períodos fueron completamente sustituidas por comisiones militares. Por otra parte, la ciudad tuvo mucho que sufrir de la entrada y salida de invasores y de guerrillas, pues no estuvo constantemente ocupada por los primeros, y se puede decir que llegó á ver con igual horror á unos y á otras.

Más afortunada Veracruz, gozó de paz y seguridad desde su ocupacion

<sup>1</sup> Walker murió más adelante en Huamantla. Su fuerza, formada de la hez de los voluntarios, dejó memoria amarguísima en todas aquellas comarcas.

Lo mismo se puede decir de casi toda la fuerza de voluntarios de Wynkoop. Un erudito amigo mio residente en Bruselas, me comunica á tal respecto el siguiente pasaje de la obra alemana "Cartas sobre la Guerra entre Norte-América y México" por Carlos de Grone, teniente del ejército prusiano, Brunswick, 1850, págs. 62 y 63:

"Desde los primeros dias de nuestra entrada en Jalapa hubo algunos soldados heridos y aún muertos, aisladamente, por los habitantes de la ciudad: los robos y excesos que aquellos cometian, fueron probablemente la causa. El alcalde aseguró que le era imposible evitar esos actos, ni los hurtos de cosas pertenecientes á los americanos. Entre las tropas del mayor Lally se reforzó la disciplina al grado de hacer cesar el saqueo y los robos con asalto; lo cual no hizo sino alentar á los voluntarios llegados de Perote, que mandaba el coronel Wynkoop. La numerosa canalla que formaba su tropa cometia diariamente los actos más escandalosos; por ejemplo, asaltar y robar á las señoras en las calles, hurtos en las casas, fracturas de puertas, saqueo de las iglesias, &c. En el hotel de Veracruz, donde yo estaba alojado al principio, vivian, además del coronel, cosa de diez oficiales suyos. Siete de éstos se fueron sin pagar sus cuentas, y de los cinco cuartos en que los oficiales estaban alojados, se robaron la ropa de cama, las cortinas, toallas y hasta la ropa de uso del hotelero que estaba secándose en el jardín; por último, cuatro camisas mías. Varias veces ví soldados de las tropas americanas con zarapes mexicanos, sillas, frenos y otros objetos, enteramente nuevos y sin duda robados, ir á dicho hotel para venderlos á sus oficiales, y á éstos comprárselos."

El baron de Grone, en su calidad de viajero, subió de Veracruz á Jalapa con el convoy del mayor Lally, y tuvo que batirse en el camino con nuestras guerrillas, como se dice más adelante en este mismo capítulo.

hasta el reembarque de los norte-americanos. <sup>1</sup> Segun Lerdo ("Apuntes históricos de Veracruz"), aunque sometida durante diez y seis meses, poco ó nada tuvo que sufrir bajo otros respectos: limitada allí la política de los invasores á conservar el punto mientras se hacia la paz, y á disponer de las rentas del gobierno general, procuraban atraerse simpatías impidiendo á la soldadesca cometer desórdenes, pagando todo lo que tomaban, cuidando de la conservacion de los establecimientos de beneficencia y demás ramos del servicio municipal, sin separar de sus destinos á los mexicanos que ántes los ocupaban; administrando imparcial justicia, aboliendo el estanco del tabaco y los impuestos sobre el comercio interior, y dejando á todos los habitantes pacíficos en completa libertad de entregarse á sus ocupaciones. En cuanto al comercio con el extranjero, aparte de los obstáculos que hubo para enviar mercancías al interior á causa del riesgo que corrian de ser quitadas por las guerrillas, y tambien por lo caro de los fletes, <sup>2</sup> á la sombra del arancel de los Estados-Unidos allí vigente, pudieron importarse, pagando muy bajos derechos, toda clase de efectos, aún de los prohibidos por las leyes del país. Por lo que hace á autoridades, despues de Worth, tuvo allí el mando político y militar el coronel Wilson hasta Diciembre de 1847 que le recibió Twiggs; recogióndole el primero de estos dos jefes el 25 de Marzo siguiente, al regreso de Twiggs á los Estados-Unidos. El concejo municipal que habia sustituido al ayuntamiento, subsistió hasta el 3 de Marzo de 1848, siendo disuelto en esta fecha por el repetido Twiggs y reemplazado por una junta de cinco oficiales del ejército; pero ya el 30 del mismo mes, por efecto de la paz, volvian á ejercer en Veracruz sus funciones todas las autoridades mexicanas que existian en Marzo de 1847.

Precaria y nómada fué la existencia de las del Estado con posterioridad á la batalla de Cerro-Gordo. El gobernador Soto, con el consejo de gobierno se trasladó de Jalapa á Huatusco, yendo despues á Misantla: reunió allí una corta fuerza con la cual y el grueso de las guerrillas hos-

<sup>1</sup> Otro tanto se puede asentar respecto de Orizaba, ocupada poco tiempo despues de la salida de la division que formó allí Santa-Anna, por una seccion de voluntarios norte-americanos, á la que reemplazaron tropas de línea, no retiradas sino despues que se firmó la paz. Los invasores no cometieron allí excesos; pero solian expedicionar en partidas sueltas á Córdoba, y volver cargados de gallinas, frutas y otros efectos que no podian ser considerados como botin de guerra. Era uno de los alcaldes municipales de Orizaba en aquella época D. José Joaquin Pesado.

<sup>2</sup> Se llegó á pagar 60 y 70 pesos por flete de carga de diez y seis arrobas, en mulas y carros.

tilizó á alguno de los convoyes procedentes de Veracruz, y se dirigió en seguida á la costa de Sotavento, vagando por los pueblos no ocupados del enemigo. El comandante general D. Tomás Marin, careciendo de tropas regulares, tuvo que permanecer de simple espectador de los hechos de los guerrilleros, no obstante su propio brío y pericia. La legislatura se reunió en Huatusco de Julio á Setiembre de 1847, y dictó algunas medidas para la reorganizacion de la guardia nacional; la requisicion de armas por medio de juntas de armamento y defensa que debian instalarse en todas las cabeceras de departamento; la recompensa de los inutilizados en la campaña, y la excitativa á los Estados vecinos á fin de que enviaran fuerzas al de Veracruz, como aquel en que indudablemente se podia con más seguro éxito hacer la guerra á los invasores. Pero todas estas providencias quedaban sin efecto, por la falta absoluta de recursos y el cansancio y la apatía que la misma guerra iba causando en las poblaciones.

La resistencia en casi todo el rumbo de Oriente, desde que Santa-Anna subió á Puebla con las tropas que habia reunido en Orizaba, vino á fincar casi exclusivamente en las guerrillas. Formáronse en los Estados de Veracruz, Puebla y México, como se habian formado en el de Tamaulipas, donde, á las órdenes de los generales Urrea, Romero y Canales, causaban gravísimo daño al enemigo desde los dias siguientes á la batalla de la Angostura. De los notables hechos de las de Puebla, al mando del general D. Joaquin Rea, me he de ocupar en alguno de mis próximos capítulos. Las de Veracruz, organizadas con autorizacion y por excitativa del gobernador Soto, tuvieron de principales jefes á los coroneles D. Juan Clímaco Rebolledo, de Coatepec, y D. Mariano Cenobio, de la costa; á los clérigos españoles D. Celedonio Domeco de Jarauta y D. José Antonio Martínez;<sup>1</sup> á D. Juan Aburto, D. P. Escoto, D. Leonardo Licon, D. Vicente Quirasco, D. Manuel y D. J. M. García, D. Vicente Salcedo, D. Francisco Mendoza, D. N. Alvarado, D. J. M. Vázquez y D. Jacinto Robleda. Este último formó una guerrilla de 30 jóvenes de Veracruz á quienes suministraban municiones, no sin grave peli-

<sup>1</sup> Ambos individuos, que indudablemente habian errado vocacion, eran activos y valientes, y se hicieron temer mucho de propios y extraños. A fines de 1847 se retiraron del camino de Veracruz á los Llanos de Apam y á inmediaciones de Pachuca. Martínez pereció en Zacualtipan atacado por una partida norte-americana en Febrero de 1848; y Jarauta que, despues de firmada la paz, se pronunció con Doblado por la continuacion de la guerra, fué fusilado en Julio del mismo año.

Rebolledo, años despues, ejerció los mandos civil y militar del Territorio de la Baja California, y entiendo que allí murió.

gro personal, D. Felipe Robleda<sup>1</sup> y algunos otros vecinos. Casi toda la demás gente de armas, que se cree nunca excedió de 800 hombres, era de Coatepec, Orizaba y algunos pueblos inmediatos á la costa. Sabido es que tales guerrillas, de caballería casi en su totalidad, eran fuerzas volantes parecidas á las de nuestra guerra de insurreccion, y á las que en España prestaron buenos servicios en tiempo de la invasion francesa; y que su mision principal se encaminaba á hostilizar á tropas y convoyes del enemigo en su tránsito de Veracruz á Puebla y México, ó del interior á la costa. "Para que obraran —dice Lerdo, en su obra ya citada— con algun órden y concierto en sus operaciones, previno el gobernador que todos los guerrilleros estuvieran bajo el mando de Rebolledo, á quien se nombró jefe de las líneas entre el puerto y Jalapa y Orizaba. Esta disposicion no fué obedecida, obrando cada partida á voluntad de su jefe, lo que ocasionó que, por una parte, no hicieran al enemigo todo el daño que pudieran haberle hecho, miéntras que, por otra, causaban grandes perjuicios al comercio y á algunos de los desgraciados arrieros mexicanos que transitaban por aquel rumbo; valiéndose los guerrilleros para esto de la providencia que se habia dictado prohibiendo todo tráfico con los puntos ocupados por los norte-americanos." Y ántes habia el mismo escritor asentado, hablando de las guerrillas: "Provocando duras represalias de parte de los norte-americanos, no tardaron en difundir la muerte y la desolacion en todos los pueblos y campos inmediatos á los caminos que por Jalapa y Orizaba conducen á la capital." Terribles fueron, realmente, las represalias. Los invasores, para perseguir á las guerrillas, organizaron algunas fuerzas por el estilo de la de Walker, y, no pudiendo dar con los guerrilleros, desconfiaban de los habitantes de ranchos y haciendas, incendiaban algunas fincas y mataban á muchas personas pacíficas, dejando desiertos el terror no pocos poblados.

De la relacion que el repetido Lerdo hace de las guerrillas en el Estado de Veracruz, y que es la más extensa que conozco, voy á extractar estas otras noticias. La primera guerrilla organizada fué la de Rebolledo, quien á principios de Mayo se habia apoderado ya de dos hatajos de mulas cargadas. Del 22 al 30 del mismo mes, segun parte del expresado Rebolledo al gobernador Soto, las guerrillas de Jarauta, García y Vázquez tuvieron varios encuentros con el enemigo, matándole 102 hombres y quitándole 126 caballos y mulas aparejadas y de tiro, 28 barriles

<sup>1</sup> Teniente de la compañía de granaderos del batallon de guardia nacional de Veracruz, durante el asedio de dicha plaza.